

EL INDIVIDUO SIN INDIVIDUALIDAD

Giuseppe Capograssi

Edición, traducción y estudio preliminar de Ana Llano, Madrid: Encuentro, colección Mínima política, 2015.

Hay textos que exponen o interpretan, otros que abren nuevos caminos y otros que recapitulan. Este último es el caso del que nos ocupa. A Capograssi lo sabíamos creyente, humanista personalista –signifique eso lo que signifique- y, ante todo, jurista eximio, uno de los grandes de su país y de su siglo. De ahí que este pequeño ensayo sobre la humanidad contemporánea, publicado poco antes de su muerte, tenga el carácter de una recapitulación de sus posiciones filosófico-jurídicas. La traducción de Ana Llano ha dejado un texto fácil de leer, sin durezas; la buena letra, la edición atractiva y, por supuesto, el contenido, deparan un libro que puede ser leído sin pausas y que incluso invita a ello.

La paradoja que da título a este opúsculo es expuesta por el autor como el resultado de un proceso que conduce la existencia humana desde su variedad y multiplicidad hasta “el mismo tipo genérico e indiferenciado”, como consecuencia del proceso de maquinismo. Hay, afirma Capograssi, una pérdida de todo sentido de la estabilidad en el sujeto contemporáneo, bajo la égida del proceso industrial de fabricación masiva de mercancías, con el resultado de una progresiva intercambiabilidad tanto de individuos como de cosas: todo tiende a hacerse fungible, nada resta ya de cualitativo. El resultado, nos dice el autor, es que el individuo pierde su individualidad y se torna masa.

La defensa de la individualidad que se realiza a lo largo de estas páginas no es simple ni carece de matices. Al contrario, hay una llamativa sutileza en ella: pues, sin centrar el problema que trata en una mera dialéctica

(individuo-Estado, individuo-comunidad), en la cual el sujeto siempre sería el término deseable y cuanto lo desborda lo indeseable, acierta al plantearse críticamente el sentido mismo de dicha individualidad: la tendencia de ésta a abstraerse, a tornarse patológica, simple metáfora para designar justamente su contrario. En pocas palabras, *cuestionar el sentido mismo del principio de individuación* aun en una obra dedicada al individuo. Y aquí es donde Capograssi se singulariza con respecto a otros autores coetáneos: en su referencia a los medievales, cuyas doctrinas son la clave última de la individualidad. Su breve tratamiento en las primeras páginas de la *haecceitas* escotista, un principio de individuación formalizado y abstracto del que el autor (bien que de modo un tanto intuitivo) desconfía (“...parece que la *petreitas* [de Pedro] es algo abstracto, casi un mero nombre”) es de gran interés. Aclaremos que Capograssi no acierta plenamente con su objetivo. Si la *haecceitas* es peligrosa, no es por ser puramente nominal, un nombre vacío, sino por todo lo contrario: por ser un ente formal, una forma separada, añadida, redundante con respecto a la sustancia individual, a la que sustituye como objeto de discurso, como la *aequinitas* del caballo de la que hablaba Avicena. Pero hay aquí una intuición de gran valor, un temor hacia las consecuencias de la gran crisis filosófica del XIII-XIV sobre el naciente individuo que, en gran medida, es el resultado de ella. No en vano, a propósito de Schopenhauer, Capograssi pone el dedo en la llaga con respecto a un *principium individuationis* que actúa “...como el juego interminable de una voluntad absoluta, esencia de las cosas que se esconde continuamente precisamente por medio de este aparecer y desaparecer de los individuos”. Si en su desconfianza hacia el principio de individuación escotista había temor al vaciamiento de sentido de los conceptos, al puro nominalismo, este temor encuentra aquí su lugar propio, en la concepción auténticamente nominalista del individuo que lo desprovee de toda referencia, de todo sentido, rota su relación necesaria con lo social-político hasta el punto de ignorar que “Los accidentes y las circunstancias externas que me distinguen son determinaciones de carácter social, incluidas las que parecen más inherentes a mí”. En el fondo de este extrañamiento de lo social, de lo político en sentido aristotélico que es la auténtica patología del individuo (y que ya aparece en Hobbes), se encuentra la pérdida del sentido de la *naturaleza individual* (formalizada por el escotismo, disuelta por el

nominalismo). Su descripción del problema es lúcida: "...el concepto de individuo como pura potencialidad, como potencia puramente obediencial (...) que es formable o deformable siempre que se usen medios aptos para ello (...) este intento supone un individuo que ya no tiene una naturaleza determinada, en el que, por usar términos escolásticos, la existencia ha suprimido la esencia".

Un *individuo sin esencia*, sí, necesita algo que la sustituya, y nuestros tiempos son pródigos en ese tipo de sustitutos. Capograssi apenas apunta uno de los corolarios más interesantes de este fenómeno: la transformación de la subjetividad en los ordenamientos contemporáneos, cuya figura más característica es el derecho subjetivo. Cabría preguntarse si esa crisis de la subjetividad jurídica propia de la época totalitaria ("Nuestra época es una época de desaparición del yo", leemos en el texto) no tiene su semilla en la propia formalización del iusnaturalismo moderno, su primacía del deber sobre el derecho, su eterna tendencia a instaurar un universo de ficciones para ordenar lo que había dejado de estarlo. Es decir, en un yo hipertrofiado, formalizado y, por eso mismo, tendente a disolverse en un Yo colectivo. En cualquier caso, si el autor, fallecido hace sesenta años, hubiese asistido al fenómeno exactamente opuesto al que denunciaba, esto es, la superpoblación de derechos subjetivos sin garantías que caracteriza a nuestro mundo, probablemente habría confirmado su diagnóstico.

En el rastreo de paralelismos que ayuden a interpretar esta dilución del individuo, resulta razonable recordar al Ortega de *La rebelión de las masas*, como hace Ana Llano en su sólida y erudita introducción al texto. Pero no estaría de más espigar aquí otras referencias, ciertamente sin afinidad ideológica con Capograssi y, sin embargo, coincidentes en su denuncia de la neobarbarie. La lista sería prolija. Por citar sólo dos ejemplos coetáneos (obviemos a Marcuse o a nuestro contemporáneo Sennett), en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, Walter Benjamin denunciaba la pérdida del *aura* del objeto artístico auténtico en la cultura, el fin de la distancia reverente que permite la elevación; Horkheimer y Adorno, en *Dialéctica de la Ilustración*, lamentaban la reducción de la cultura a espectáculo, simple pretexto para perpetuar la alienación del individuo por el sistema. No puede extrañar que uno y otros desplacen la

crisis hacia el objeto (ya artístico, ya industrial): la constatación de que una producción masiva ha de renovar sus productos haciéndolos efímeros "...de modo que no pueda formarse ningún vínculo entre individuo y objeto" condena a la misma suerte a uno y otro, la de la fungibilidad: "...habiendo perdido el individuo su individualidad, también la han perdido las cosas: habiéndose hecho casi funcional el individuo, también las cosas se han hecho funcionales".

Capograssi es tributario de su época en un cierto lenguaje vitalista y voluntarista, que atraviesa todo su texto ("...la individualidad es el costoso desarrollo del germen que la voluntad lleva dentro de sí...") y se condensa de modo peculiar, a veces paradójico, en ciertos puntos; su crítica a la propaganda se resiente en ocasiones, a mi entender, de las asunciones que ese lenguaje esconde. Pondré un ejemplo. Al referirse a la negación totalitaria de que existan unidades vitales con sentido, afirma: "La consecuencia correlativa de todo esto es la supresión del concepto de verdad como algo independiente de la voluntad del sujeto: todo lo que sirve a los fines de fuerzas que guían la propaganda se convierte en verdad". Si el sentido del individuo ha de radicar en la esencia frente a la existencia, si la verdad ha de estar más allá de la manipulación totalitaria, entonces no puede descansar en la voluntad, sino en la -dicho sea, precisamente, al modo escolástico- *adaequatio intellectus ad rem*. No en la voluntad, concepto totalitario donde los haya. La denuncia de la ingeniería social ha de preservar un concepto de verdad que sea independiente de la *voluntad* del sujeto, individual o colectivo; particularmente si tenemos en cuenta que el autor se refiere en otro pasaje a los *pueblos que pierden su individualidad*. Si la verdad depende de la voluntad del individuo, y se puede hablar con propiedad de los pueblos como individuos, entonces no parece que aquella quede en muy buen lugar.

En fin, la crítica de Capograssi contra el mundo alienado de la época contemporánea tiene, en mi opinión, luces y sombras, procede a veces de un modo más intuitivo que genuinamente filosófico, pero le cabe el mérito de, más allá de las servidumbres de su tiempo, haber identificado alguno de los males más profundos de la Modernidad: "...un mundo y un ordenamiento social compuesto de individuos que son pura potencialidad, pura

receptividad". En esa primacía de la posibilidad, de la *potencia* frente a la primacía aristotélica del *acto*, es donde radica la clave. Una materia social privada de forma *per se*, capaz de ser informada a voluntad por la dictadura del proletariado... o la del libre mercado. Por eso, acaso lo más interesante de cuanto nos dice en esta y otras obras tiene que ver, precisamente, con cuanto trasciende la existencia, con una unidad vital en la vida humana, social e histórica: "...si se mira con rigor, en su verdadera y efectiva concreción, la experiencia concreta presenta exactamente dos caras: de un lado, las formaciones e instituciones objetivas del mundo social e histórico y, de otro, las individualidades que se van formando y manifestando. Una y otra formación se implican recíprocamente". Esa malla que Capograssi opone a la filosofía totalitaria, en su capacidad de actualizar la pura potencia y proporcionar cierta unidad de sentido a las existencias individuales, no puede ir asociada sino a la *institución*. Este problemático concepto, que preocupó a Rénard, a Hauriou y a su compatriota Romano, y que mereció un interés crítico por parte del jurista italiano, es crucial. Se trata, a mi entender, de la clave de cuanta oposición seria se pueda mantener al lenguaje y la práctica alienantes, y en el límite totalitarias, de nuestro tiempo: el estrato intermedio entre el aplastamiento de la individualidad y la dilución de lo social en lo individual. Lo que en tiempos más recientes Ricoeur retomó bajo ese célebre denominador común de *una vida buena, con y para los otros, en instituciones justas*. Ahí es posible encontrar la teleología que el sujeto reducido a voluntad pierde de vista con frecuencia.

Con su denuncia contra el totalitarismo, Capograssi pretendía salvaguardar una individualidad cuyo carácter problemático no se le escapaba. En tiempos como los presentes, en los cuales la capacidad de elegir nuestro propio rumbo vital suele reducirse a lo inesencial (a ver una u otra cadena de televisión basura, a votar a uno u otro partido a sabiendas de que todos acaban haciendo más o menos lo mismo), leer este libro es útil. Proporciona algunas valiosas claves para orientar una voluntad que hoy se esfuma en la elección permanente, en el puro deseo sin fin que lo trascienda. Ayuda, en fin, a comprender críticamente la propia voluntad que, como afirma el autor, "...tiene como objeto y dirección precisamente transformar el hecho

negativo y accidental del individuo en verdadera y propia individualidad". A recuperar la esencia frente a la mera existencia.

José Luis Muñoz de Baena Simón

UNED